



Blanco y Negro Cultural, 6-11-2004

La noche avanza como un cojo por el este

Andrés Ibáñez

2666

Roberto Bolaño

Nota a la primera edición de Ignacio Echevarría Anagrama. Barcelona, 2004 1.125 páginas, 33 euros

Recién salido de la lectura de 2666, emergiendo como un ajolote o como un celacanto superviviente de sus espesas y especiadas aguas, aguas oscuras, aguas translucidas, sintiéndome viejísimo y renacido al mismo tiempo, tembloroso y asustado, feliz, cansado, soñoliento, abrumado ante tanto talento, inquieto de mirar mi propia sombra, dudoso de los espejos y también del arte de guiños de esos otros espejos, los libros, ¿cómo escribir una crítica, cómo ser sensato, cómo valorar, cómo dar cuenta del ciclón en el momento en que se aleja de la costa y uno solo puede empezar a tocarse el cuerpo para asegurarse de que tiene todos los huesos en su sitio?

De lo que no cabe duda es que nos hallamos ante la obra de un genio: una obra de inmensa lucidez e inmensa sabiduría narrativa, escrita con una mezcla única de felicidad creadora e íntima desesperación existencial, la obra de un maestro absoluto cuya voz posee la autoridad y la aparente ausencia de esfuerzo que solemos asociar con los grandes clásicos consagrados por los siglos, y cuyo verbo nos impulsa, ya desde las primeras frases, a una lectura insaciable cuyo interés no decae ni por un momento a lo largo de sus majestuosas mil cien páginas largas.

Nada al azar

2666 es un libro prodigioso por tantas razones que apenas hay espacio para enumeradas. Al leer esta obra vastísima uno tiene la sensación de que nada está dejado al azar y de que no sobra ni falta una sola frase: al mismo tiempo, la novela es una especie de Mil y una noches, un centón lleno de historias, novelas cortas, cuentos dentro de cuentos, narraciones de la más diversa índole, de amor, de guerra, de humor, de ciencia-ficción, de crímenes, de horror, de metaficción, de sueños (el recuerdo de La vida, instrucciones de uso viene de vez en cuando a la cabeza) que proliferan como las hojarascas de una selva tropical y que parecen caérsele a Bolaño de los dedos como en una lluvia de inspiración incontenible.

Dos centros asimétricos y disímiles, dos planetas, uno de ellos un aerolito, el otro un planeta gigante gaseoso y sombrío, giran en torno de un misterioso y oscuro sol central. Ésta es la molécula a partir de la cual se genera el fractal fascinante de 2666. Los dos planetas disímiles son un hombre y una ciudad, los dos enigmáticos: un escritor alemán llamado Benno von Archimboldi del que no existen fotografías y a quien nadie ha visto jamás y una ciudad del norte de México, Santa Teresa. (trasunto apenas velado de Ciudad Juárez) donde desde hace años se vienen produciendo una serie interminable de asesinatos de mujeres, que son raptadas, violadas y torturadas y cuyos cadáveres aparecen en los basureros de la ciudad ante la desgana y la desidia oficial y policial. En

torno a estos dos centros se entrecruzan cinco novelas consecutivas que están todas interrelacionadas pero no se completan ni cierran el círculo ni clausuran nunca el gran enigma central, el sol negro en torno al que todo gira, ese enigma al que parecen asomarse muchos de los personajes y que a veces creen haber descubierto en un relámpago de revelación que en seguida les abandona, el enigma del mundo, el enigma del hombre, el enigma del mal.

Distancias infinitas

Novela de distancias infinitas, la que va del aerolito al gigante gaseoso, la que va de la crítica a la literatura, la que separa el mundo de aviones, congresos y publicaciones especializadas de los cuatro eruditos (Pelletier, Morini, Espinoza y Norton) de la vida errante y algo sórdida del autor que tanto les obsesiona, distancia insalvable entre la «literatura» y el acto vital que es escribir para el que escribe. Novela de distancias infinitas: la distancia inmensa que hay entre el primer mundo y el tercero, entre la plácida Europa y el salvajismo y la violencia y el machismo y la corrupción en que se hunde México y, por extensión, Latinoamérica y el tercer mundo y el mundo «en vías de desarrollo», un mundo sin ley ni esperanza que parece sumido en una orgía de violencia, tortura, crímenes y decadencia sin límites. Distancia entre la literatura y la vida, entre el arte y la realidad, la misma distancia que existe entre las dos últimas novelas, en la que ambos planetas, el de Santa Teresa y el de Archimboldi, parecen estallar y convertirse en estrellas. La parte de los crímenes cuenta con detalle de crónica periodística o informe policial los asesinatos de cien mujeres, uno por uno, en la ciudad de Santa Teresa, en una especie de interminable marcha fúnebre recorrida por los hilos de las tramas de diversos personajes secundarios (un periodista, un policía judicial enamorado de la directora de un psiquiátrico, una médium, una diputada feminista, etc.) pero que es realmente una novela sin personajes cuyo auténtico protagonista es la muerte, la desolación anónima del basurero y del cementerio.

Y-al lado de esta novela-reportaje sin personajes, al lado de esta incursión en lo que los antiguos llamarían «historia», es decir, el recuento de los hechos reales y el encontronazo brutal con lo más sórdido de la actualidad, la última novela, quizá la más hermosa de todas, La parte de Archimboldi, donde se cuenta la vida del misterioso autor germano en una explosión de imaginación que nos lleva por los bosques y las guerras de Europa, por la Alemania nazi y por la URSS estalinista, realidades a las que Bolaño sólo puede acceder mediante esa máquina mágica que llamamos imaginación creadora.

Literatura LIBRE

Dos planetas, dos centros disímiles, pues, que son los mismos que mueven y han venido siempre moviendo la literatura de Bolaño: esa mezcla aparentemente imposible entre pasión visceral, experiencia desnuda, marginalidad y violencia, junto con todo el refinamiento de una escritura intensamente literaria, claramente posmoderna devota de constantes juegos (como las largas e inexplicables páginas dedicadas a los lapsus calami de diversos escritores, casi al final de 2666), que instaura definitivamente en nuestras letras, ¡por fin! la posibilidad de una literatura libre que establece sus territorios mas allá de los géneros y fuera de las decorosas clasificaciones académicas.

Es imposible leer este libro sin sentir que el suelo se mueve bajo nuestros pies. Es imposible adentrarse en una escritura de tal exigencia sin sentirse movido interiormente por un temblor de alarma, de horror quizá, pero también de necesidad de atención, de deseo de lucidez, de necesidad de realidad. Con esta novela última Bolaño lanza al

mundo, antes de abandonarlo, un desgarrador grito de amor y de miedo, una inmensa pregunta cuya respuesta sabe bien que nadie sabe. El centro de 2666, una fecha futura arbitraria en la cual todo lo que ahora existe sólo será cenizas (pero también la cifra de la Bestia, 666, en el tercer milenio), ese sol negro que sería la explicación de todo, parece hallarse enterrado en lo más hondo de un inmenso basurero que es al mismo tiempo un campo de batalla y una fosa común. Un basurero donde aparecen cuerpos de niñas muertas que nadie se molesta en reclamar, el anuncio fúnebre de un época posthumana que avanza igual que «la noche avanza como un cojo por el este» de una de las raras pero estremecedoras imágenes de este libro, para deshacer todas nuestras esperanzas infundadas.